

## **Diferencias entre la doctrina trinitaria de la Biblia y las ideas trinitarias existentes fuera del mundo bíblico.**

Cabe preguntar si al testimonio de la Escritura le corresponde verdadera originalidad, o si se trata de una especie de plagio histórico procedente de ideas trinitarias no cristianas, o si debe ser considerado como un caso especial de ideas trinitarias comunes a la humanidad entera.

I. Muchos representantes liberales de la historia de las Religiones y de los Dogmas creen poder deducir la doctrina trinitaria bíblica de especulaciones helenísticas judaicas. Se nombra a Filón como ejemplo. Este pensador admite la existencia de una serie de fuerzas impersonales a las cuales considera como mediadores de la creación del mundo. Dios mismo no ejerce influencia alguna sobre la materia, la cual es la causa del mal.

Contra la equiparación de las doctrinas de Filón y las de la Biblia se puede aducir lo siguiente:

1. En Filón, lo mismo que en las otras doctrinas trinitarias del helenismo, se trata de una especulación filosófica, de una tentativa destinada a explicar el mundo y la existencia del mal, de un mito. La doctrina trinitaria cristiana se funda en un acontecimiento histórico, aunque sólo el creyente pueda captar su sentido profundo; es decir, se funda en la vida y muerte de Cristo. Entre las especulaciones helenísticas y judaicas, por una parte, y la doctrina trinitaria cristiana, por otra, media la misma diferencia que hay entre la Historia y el Mito. Los hagiógrafos cristianos sabían bien que no eran los inventores de una doctrina trinitaria, y no ignoraban que su misión consistía en ser meros narradores de una realidad trinitaria a la que debían someterse.

2. A esta diferencia fundamental vienen a juntarse otras diferencias que se refieren al contenido doctrinal. Son, sobre todo, tres:

a) Las especulaciones trinitarias no cristianas son una tentativa destinada a explicar el origen de la materia, en la que se encontrará el fundamento del mal. Como Dios se contaminaría creando la materia, necesita intermediarios para crearla. Es verdad que en *Col. 1, 15-18*; en *Hebr. 1, 1-4*; en *Io. 1, 1-10*, se nos enseña que todo ha sido creado mediante la Palabra. Pero al mismo tiempo expresan esos pasajes la diferencia que hay entre Cristo y los seres intermediarios de la mitología. Cristo en su existencia premundana no es sólo mediador de la Creación; es también Creador. El Logos y el Padre son un solo creador del mundo. Todo tiene en Él su fundamento. El Hijo hace todo lo que hace el Padre, y lo hace de la misma manera. Además, la cuestión relativa al origen de la materia es un problema de importancia secundaria. En definitiva se nos dice con toda claridad que también la materia ha sido creada por el Padre.

b) Según Filón, los seres intermediarios son grados por los cuales ascendemos hasta llegar a la unión con Dios. Es verdad que se dice de Cristo que es el Revelador, Camino, el Mediador que nos une con Dios. Pero, por otra parte, se nos enseña la unidad total del Padre y del Hijo. El que le ve, ve al Padre; el Padre está en Él, y Él está en el Padre. Las diversas series de enunciados se comprenden fácilmente si se tiene en cuenta que, como enseña San Pablo, Cristo es Dios según el «espíritu», e hijo de David según la «carne», y que, como enseña San Juan, Cristo tenía en Dios naturaleza divina, existiendo antes de que fuese creado el mundo, haciéndose después carne y habitando entre nosotros. En cuanto hombre es el camino que conduce hasta Dios, existiendo como Dios desde la eternidad.

c) La principal diferencia de contenido es la siguiente: Según las especulaciones helenístico-judaicas, los seres intermediarios participan sólo de una manera atenuada en la divinidad del Dios invisible. Sin embargo, el ser a quien la Escritura neotestamentaria llama Hijo de Dios es totalmente igual al Padre. Del mismo modo hay plena igualdad de esencia entre Padre, Hijo y Espíritu Santo. No obstante ser el Padre el manantial de toda la divinidad, comunica al Hijo y al Espíritu Santo el ser divino entero.

3. Destaquemos particularmente que la doctrina neotestamentaria relativa al Espíritu Santo no puede ser considerada como un plagio de la filosofía estoica. El pneuma jugaba un papel importante en las especulaciones del monismo dinámico-materialista defendido por las escuelas estoicas. Era considerado como un flúido en cuya composición entraban los elementos más sutiles—es decir, el fuego y el aire—, y que lo compenetraba todo. Hay un Pneuma universal del Cosmos y Pneumas especiales de las cosas particulares. Los últimos se derivan del primero. Del Pneuma humano se dice que es idéntico con la razón. Es superior a la pesada materialidad del cuerpo sin dejar de ser materia. A él corresponde la dirección en la vida humana. Del mismo modo, al Pneuma universal le corresponde el gobierno del Cosmos. En esto se funda la teología del Universo.

Entre este Pneuma y el Pneuma del Nuevo Testamento hay una diferencia intrínseca y esencial. Según los estoicos, el Pneuma es material; el Nuevo Testamento testifica que el Pneuma es distinto y diverso de la materia. Los primeros afirman que es idéntico con el Mundo y el hombre; el segundo enseña que es distinto del hombre y del Mundo. El Pneuma estoico está en el hombre, el Pneuma del Nuevo Testamento entra en el hombre. Uno de los elementos decisivos de la existencia cristiana consiste en que el Espíritu Santo—en tanto que realidad personal nueva distinta de la naturaleza del hombre—entra en éste convirtiéndole en una criatura renovada.

Estas diferencias se fundan en el hecho de que la doctrina neotestamentaria relativa al Espíritu se halla incorporada a la totalidad de las doctrinas neotestamentarias, totalmente distintas de las del estoicismo, recibiendo así la nota distintiva que la caracteriza. A pesar de la existencia de rasgos particulares afines, el concepto neotestamentario de Pneuma es totalmente distinto del concepto estoico del Pneuma. El *Gnosticismo*, tentativa destinada a establecer una síntesis entre Cristianismo y la cultura helenística de la época, acometió en una ocasión la empresa de mezclar las enseñanzas estoicas y cristianas relativas al Espíritu; la Iglesia, no obstante, percibió inmediatamente que las ideas gnósticas eran un elemento extraño y las rechazó con toda energía. (Véase K. Prümm, *Christentum als Neuheitserlebnis*, 1939, 211-216. A. J. Festugière, *L'idéal religieux des Grecs et l'Évangile*, 1932).

II. Insostenible es también la objeción de los que afirman que

la fe cristiana en la Trinidad no es más que la expresión de una predisposición y afición a venerar el número tres, tratándose en ello de una inclinación innata de la conciencia religiosa humana. Para corroborar esta afirmación se elude al hecho de que en muchas religiones encontramos una triplicidad de dioses (entre los babilonios: Ea, Marduk, Gibil, o: Anu, Bel, Eea, o: Sin, Schamasch, Ishtar; entre los persas: Ahura-Mazda, Mitra, Sraosha, o: Mitra, Kautes, Kautopathes; entre los indios: Brahma, Visnú, Schiva; entre los egipcios: Amon, Ptah, Osiris).

Contra esta opinión se puede afirmar que en ella se equiparan un mito humano y un hecho históricamente constatable—aunque sólo la fe pueda captar el sentido último y profundo de tal hecho—y se puede objetar, además, que el contenido de la doctrina trinitaria es en cada caso distinto. Las doctrinas trinitarias no cristianas son un caso de ideologías politeístas. El contenido esencial de la doctrina trinitaria cristiana, a saber, la afirmación de que el Dios único existe idénticamente tres veces de modo relacionalmente distinto, no se encuentra en ninguna parte fuera del Cristianismo. Más aún: el hecho de que las ideas trinitarias fuera del Cristianismo presentan siempre una nota politeísta, demuestra que el pensamiento humano no puede llegar por sí solo a descubrir la doctrina trinitaria cristiana.

La afición de la mitología al número tres se explica teniendo en cuenta que el Creador mismo ha grabado en la naturaleza y en el hombre la triplicidad. Siendo Dios necesariamente trinitario, el ser, hasta lo más profundo, tiene que ser también trinitario. Como quiera que el ser creado es una participación en el ser divino, tendrá que reflejarse en aquél, de alguna manera—de un modo que en definitiva sólo el creyente puede comprender—, la estructura necesariamente trinitaria del ser divino, del ser simplemente tal. Sería cosa extraña que la conciencia humana no percibiese nada de este estado de cosas. Como quiera que los mitos de los pueblos son una comprensión intuitiva del mundo y de su ser creado por Dios, en ellos se vislumbra, aunque envuelta en el error, la verdad divina. Además, se puede admitir que Dios comunicó una Revelación de su vida interna trinitaria al género humano que existía en Adán y Eva y que el género humano ya no olvidó del todo esa verdad. En los mitos de los pueblos resuena con mayor o menor intensidad el eco de esta Revelación divina.